

tido en el País mas bienaventurado de la Tierra! Desde que Cortes hizo Español el imperio de Moctezuma, no se había oído aquí un tiro de cañón, ni los buitres se habían alimentado con cadáveres de nuestros hermanos, derribados por las balas, las espadas y las lanzas. Mirad el Monte de las Cruces, contemplad el campo de Aculco, y los Cerros de Guanajuato y decidme ¿por que habeis hecho perecer mas de quince mil infelices Indios? es esta la felicidad que les prometiais? Volved los ojos á esa multitud de miserables expatriados de sus Pueblos, huyendo por los montes, hambrientos y estropeados, llorando por sus hijos y mugeres; y obligados ya por la necesidad en que les habeis puesto, á continuar los robos para subsistir. ¿Es esta la libertad que les ofrecisteis? Revolucionarios necios, atolondrados, ignorantes y malvados ¿es este el fruto de vuestro plan ridiculo, iniquo, impolitico, y torpemente forjado, y mas torpemente executado?

Acer.—No te exáltes, querido amigo: No te afijas.....

Fil.—No me afijo por las consecuencias; no hay ya que temer mayores males: los causados se remediarian facilmente. Es muy sano, muy robusto este cuerpo; y una leve indisposicion no es capaz de enfermarlo gravemente. Pero no tendre de aquí adelante bastantes lagrimas para llorar el atentado de esos Hombres, y la sangre inocente que se ha vertido por su antojo infernal.

Acer.—¿Sangre inocente? Qual es esa?

Fil.—La de nuestros valientes Soldados; la de los desgraciados y fieles presos de Guanajuato; y la de los incautos y sencillos Indios.

Mor.—Son unos perros.

Fil.—No son, sino nuestros hermanos menores, seducidos, y disculpables. Yo os lo probare otro dia.

DECIMOQUARTO.

Filopatru, Acerato y Morós.

Acer.—¡Valgate Dios por enfermedades! ¡y como persiguen á nuestro Filopatru! Ya te habran dicho, amigo, que diariamente he venido á preguntar por tu salud.

Mor.—Y yo lo mismo.

Fil.—He sabido vuestro cuidado: y estoy agradecido á ambos.

Mor.—Y qué tal está ya la cabeza? Podremos ya platicar de cosas?

Fil.—Hablad lo que quisiereis: yo contextare lo que pudiere; con la protexta de que cortaremos la conversacion cuando me acomode.

Acer.—¿Qué dices de lo que hicieron los insurgentes en Guanajuato? Cercados ya, rendidos, y baxo la ley del vencedor, sin otro recurso que implorar su clemencia; se arrojan al lugar donde tenian encerrados mas de doscientos Españoles infelices, y se encarnizan en ellos como lobos hambrientos, despedazandolos, de modo, que no ha sido despues posible conocerlos por sus cadáveres desnudos y destrozados.

Fil.—Calla amigo; no renueves en un corazon humano la memoria de atrocidad tan espantosa. Se horroriza la naturaleza de oír tan execrable maldad; y no atino yo á encontrar en las historias de los Pueblos barbaros un exemplar semejante de sevicia y de fiereza.

Mor.—Y queria el Señor Filopatru, despues de eso, disculpar á los Indios.

Fil.—Advertid que ni son esos delitos los que yo pudiera disculpar jamas; ni son los Indios, que llamé disculpables, los que cometieron aquellos horribles asesinatos.

Mor.—Lo primero es facil de comprender; lo segundo necesita de explicacion.

Fil.—Es muy facil. Me dolia yo dias pasados, y nunca se apartará de mi Corazon esa espina, de ver derramada tanta sangre inocente por el criminal tanto como desatinado proyecto de Hidalgo: y en esta sangre contaba yo la de los incautos y sencillos Indios; aquellos que forman la masa de los Pueblos de nuestras Provincias, aquellos que dedicados á las labores del Campo, al corte de maderas, y leña, á hacer el carbon, á cultivar las huertas y hortalizas, y á surtir á las Villas y Ciudades de viveres y bastimentos, solo han pensado hasta ahora en obedecer á sus Curas, y Gobernadores, respetando con el mas profundo acatamiento los nombres de la Religion y del Rey. Estos pues contentos con su suerte, alegres en su trabaxo, sin ambicion, sin soberbia, sin embidia vivian baxo de sus Xacales con sus consortes é

hijos, cultivando por si mismos en los ratos desocupados sus pegujalitos de maiz, frijol, chile, haba, alberjon &c. criando sus cerdos, pabos y gallinas, y muchos sus bacas, sus ovejas, sus burros, mulas y aun caballos; mientras que las mugeres hilaban el algodon y la lana y tegian sus mantas, paños y ceñidores.

Acer.—¡Qué pintura vas haciendo tan bonita! Pareceme que retratas una familia del siglo de oro.

Fil.—Pero es exácta?

Acer.—Si: el que haya visitado los Pueblos de Indios con ojos filosofos, no puede menos de convenir en que es asi.

Mor.—Bueno vá; pero nada dicen ustedes de sus borracheras y otros vicios, en que son extremados.

Fil.—Os respondere á eso luego que concluya mi primera reflexion. ¿Veis ese estado tranquilo en que vivian los Indios de Dolores, S. Miguel y demas Pueblos de la Tierra-dentro? Pues ¿quien pudo sacarlos del sino la sugestion del Cura Hidalgo? Y ved aquí el primer capitulo de su disculpa. Fueron seducidos, y engañados. ¿Y por quien? Por un Sacerdote, por un Parroco, de cuya boca y doctrina estaban ellos siempre colgados, y á quienes escuchan y obedecen como á Angeles del Cielo. Y con que pretextos los sedujo? Los mas santos y obligantes para los Indios: el Rey, y la Religion. *Viva Fernando VII*, les dixo, *y viva Maria Santisima de GUADALUPE*, la Patrona de la Nueva España. A estos nombres no fué el delito, sino la lealtad y la piedad las que obraron en el corazon sencillo de esos infelices. *Quieren entregar* (les añadia el perverso Seductor) *este Reyno que es de Fernando, á unos Herejes y entonces se acabaron las Iglesias, y la Imagen de Guadalupe será quemada.* ¿Y quienes (preguntaban los Indios) quienes son esos traidores? Los mismos Españoles (respondia el Astuto Cura) esos blancos, esos que tienen las tiendas y las haciendas, esos que os han usurpado vuestras tierras, vuestros Montes, y vuestras aguas, mueran pues; y viva el Rey FERNANDO y la Virgen de GUADALUPE. ¿Puede discursarse modo ni mas eficaz, ni mas diabolico para sublevar y alarmar unas gentes tan sencillas como fieles y religiosas? Conozcamos al hombre,

sus pasiones, los resortes que las ponen en movimiento; y confesarémos que quanto mas atroz, infernal, y digno de enormes castigos es el delito de Hidalgo, tanto son disculpables los Indios ruídos é incautos, que le han seguido.

Mor.—Con que tendrémos que darles las gracias por las muchas que han hecho?

Fil.—No tanto. Yo no pienso absolverlos de toda culpa, especialmente á los que entre ellos han hecho de ministros y emisarios de Hidalgo, y á los que teniendo mas despejado talento, pudieron conocer de luego á luego, la malicia del proyecto, y lo pecaminoso de los medios que se iban poniendo en practica. Mi intento es minorar su culpa con respecto á la enormidad de la de otros.

Mor.—Qué otros?

Fil.—En primer lugar los pocos Españoles Americanos, satelites de Hidalgo, en cuyos pechos herbia la misma sangre que iban á derramar, y que se hicieron Gefes de la revolucion: Allende, Aldama, Abasolo, Villagran, Iriarte, Rubalcaba, y otros cuyo juicio está pendiente, y no podemos prevenir. En segundo lugar, esa gente media entre Españoles é indios, á quienes estos llaman en sus Pueblos *gentes de razon*, que por lo comun son los tiranos de los indios, de quien se cren superiores; los que los inquietan alguna vez, les sugieren y fomentan pleitos, y cuya sustancia y la que sacan aquellos infelices de los Españoles ricos y hacendados, se chupan ellos como verdaderos zanganos. De estos hay muchos en los Pueblos grandes de Tierradentro, hombres ociosos y viciosos, con mas ignorancia que los indios y mucha menos docilidad; y estos eran como los Guardias Reales, ó Tropá escogida del insurgente Hidalgo.

Acer.—Con que tres clases de gentes componian el Exercito de los insurgentes: Cabecillas, y Oficialidad, que por lo general eran ó se tenían por Españoles: Coyotes, Mulatos, y otras castas revueltas, y los indios.

Fil.—Asi es. Los primeros son como la vigesima parte del todo; los segundos como la tercera parte, y el resto lo forma la indiada.

Mor.—Pues bien digo yo: son los peores los Indios, y es necesario acabar con todos.

Fil.—Ahora me confirmo, Señor Morós, en que ó no teneis una gota, ó es muy poca la sangre española que circula por vuestras venas.

Mor.—Como y por que me decís una cosa tan injuriosa?

Fil.—Porque vuestro modo de pensar así lo da á entender. No hay quien mas ame y compadézca á los indios que los españoles puros y nadie los aborrece y maltrata mas que aquellos, que ó tienen parte de su sangre, ó la tienen revuelta con otra que no es de Españoles ni de indios.

Acer.—Es experiencia constante en America: no hay duda en eso.

Fil.—¿Y que hariais vos, nosotros, todo el Reyno y el Rey de España con acabar, como quereis, con todos los indios? ¿ignorais que ellos forman la mayor parte de la poblacion, que son los mas utiles y necesarios, que los Reyes Católicos conquistaron estas Provincias para conservar á los indios, y no para destruirlos?

Mor.—Pero, Señor, si están ya alzados por esos Pueblos, y no se puede hacer carrera con ellos, ¿qué remedio?

Fil.—No es lo mismo alzados, que inquietados. Despues que el malvado Hidalgo sembró entre ellos las especies, de que ya hablé; quando á los primeros pasos vió la debilidad de sus fuerzas, y comenzó á sentir la heroyca resistencia de los buenos patricios, inventó otro diabólico artificio, esparciendo entre los indios, que los Españoles se habian conjurado contra ellos, y que iban á sus Pueblos á matarlos. A esta noticia se conmovieron Pueblos que antes estaban tranquilos, huyendo á los montes, y se unieron mas para defenderse contra los invasores que Hidalgo les supuso, que para ofender ni cooperar á las pesimas ideas de aquel impostor.

Acer.—Es muy cierto. Al mismo tiempo que nuestras tropas iban por la parte de Queretaro á sosegar el primer alboroto, Hidalgo extendió la vez ácia Toluca, Tenancingo y Cuernabaca de que los blancos iban á destruir á los indios; y era facil persuadirlos quando los infelices, que no tenian capacidad para comprender las ideas tortuosas del Traidor, veian con sus ojos nuestros soldados armados, y oian hablar de nuestros preparativos militares por todas partes.

Fil.—¿Qué remedio, decís, Sr. Morós? Pues qué ¿no hallais otro que matar y destruir? El Gobierno tan activo como sábio y dulce há encontrado otros, y los va poniendo en práctica. El desengaño, la persuasion, y una paciencia y espera prudentes, unidos á la actividad, energia y vigilancia. ¿Quereis que yo os indique otro muy eficaz y muy conforme al caracter de los Indios, y al de los que lo han de poner en práctica?

Mor.—Decid.

Fil.—Salgan religiosos escogidos de todos los Conventos, y con las armas de sus primeros fundadores en este Reyno, que son la palabra y la pobreza, la humildad y zelo evangélico, busquen á los Indios, hablenles, expliquenles las tramoyas y embustes del Cura Hidalgo: haganles presentes las paternales providencias del Gobierno español, y reduzcanlos otra vez á sus pueblos, al seno de sus familias, á sus honestas labores; y solo podrá dudar de la eficacia de este remedio el que no tenga ni la mas leve nocion del caracter de los Indios.

Acer.—Sobre eso me ocurre una reflexion, querido Filopatro: No me opongo, antes apruebo tu pensamiento; pero advierte que los Indios Otomites, y los de estos Pueblos inquietos no son tan dociles como los que tu has tratado, Mexicanos y Tlaxcaltecas: son gente grosera y brava.

Fil.—Eso quiere decir que costará algun trabajo mas. Y ahora te haré yo otra reflexion. ¿No adviertes, amigo Aceraio, que los Pueblos mas bien instruidos, como son los de las Diocesis de Mexico y Puebla, han sido ahora, no solo los mas quietos, sino el exemplo de la fidelidad y del honor?

Acer.—Ya, ya habia yo notado eso. Los Indios honrados de Mexico, los Tlaxcaltecas nobles, los Poblanos valientes, los de Atlixco, Huaquichula, Izucar, Huejotzingo, Tepeaca, Tehuacan, Xalapa, Orizaba y Cordova. . . las lagrimas se me caen de gozo al nombrarlos.

Fil.—Desengañate, amigo. Un Imperio fundado en ignorancia, en groseria de costumbres, en servidumbre y despotismo, está en el ayre. Entonces puede asegurarse de su perpetuidad

quando la Religion, las Ciencias, las Artes, la verdadera libertad, y el paternal y liberal gobierno son los cimientos sobre que se apoya. El Imperio Español se fundó en Europa así; pero el tiempo habia minado el edificio. Tambien el de la America Española se fundó con la misma solidéz; y tambien há padecido. Mas gracias al cielo llegó el dia de la reparacion y hermosura de ambos edificios. Las Cortes ¡ah! allá están ya en Junta los Arquitectos de nuestra felicidad.

DECIMOQUINTO.

Filopatro, Aceraio y Morós.

Acer.—Gracias á Dios, querido Filopatro, por que hemos salido del fatal año de 810, quizá será mas feliz y tranquilo el de 811.

Mor.—Quisiera ser Profeta para conocer desde ahora lo que ha de suceder en este año nuevo.

Fil.—¡Curiosidad vana! ¡Deseo pueril! Obrad siempre bien, temiendo á Dios, guardando su Ley y cumpliendo con las obligaciones de buen Ciudadano, y cred que el año será para vos el mejor de vuestra vida.

Acer.—Y si cada uno de nuestros domesticos, de nuestros vecinos y de nuestros paisanos hace lo mismo, vé ahí un año excelente para todos.

Mor.—Si; pero como está el Mundo tan revuelto por todas partes, y en este siglo hemos visto cada año cosas extraordinarias, es de esperar que el presente no sea menos fecundo de sucesos raros; y quisiera yo verlos, como los Profetas veian las cosas futuras antes que sucediesen.

Acer.—Tan claro no es posible; y ha dicho bien Filopatro, que esos son vanos deseos. Lo que si podia hacerse con anticipacion era un pronostico, como los que hacen los Medicos, y Astrologos.

Mor.—En efecto, Señor Filopatro, diganos Ud. algo.

Fil.—Hay mucha diferencia entre pronosticar como Medico, y pronosticar como Astrologo. La Medicina vé algo, aunque poco; la Astrologia nada. Y esta sueña, quando aquella conjetura.

Mor.—Pues conjeture Ud.

Acer.—Y que? Todo lo que pronostican los Fisicos sobre lunaciones, y eclipses en el Cielo, y sobre cosechas y lluvias en la Tierra, son sueños?

Fil.—No equivoques, amigo, la Astronomia con la Astrologia *judiciaria*. La primera es una Ciencia matematica, que tiene principios infalibles, y que saca consecuencias ciertas. No es esta la que yo llame ciega y soñadora. La Astrologia *judiciaria* es aquella pedante y supersticiosa charlataneria, que reynó algunos siglos, pero que ya se halla desterrada de los Pueblos cultos. Ya no hay quien pronostique las guerras, ni las muertes de los Principes por la cola de los Cometas; ni los sucesos y fortunas de los hombres por los grados de *ascendencia ó descendencia* de los Planetas, que dominaban en sus nacimientos. Y lo mejor es que no hay ya vulgo tan ignorante, que crea tales patrañas.

Acer.—Lo entiendo así. Pero vamos al negocio. Como Medico politico ¿no nos dirás alguna cosa?

Fil.—En otra ocasion * dixé á Morós que yo no era Medico de nuestro Cuerpo politico, porque no tenia facultad para curarlo. Mas soy un apasionado á la Medicina, y un verdadero amigo del Enfermo. Y como tal dire lo que alcanzo, y deseo. Estadme atentos. Entró la peste en nuestros Pueblos á pesar de las precauciones mas activas del gobierno, y de los sentimientos de los buenos. El Pus galico-napoleónico ha tiempo que habia venido en papeles; pero como llegó desvirtuado, hizo poco y debil efecto. Tambien vinieron algunos Emisarios apestados, que preparaban insensible y cautelosamente el contagio, indisponiendo con sus miasmas los humores diversos de este Cuerpo; mas como no se atrevian á inocular *de brazo á brazo*, no lograron la erupcion completa. Llego por fin por la parte del Norte á los Pueblos de Tierradentro el Francés Dalmivar; y muy á su sabor inoculo al Cura Hidalgo. Este propago la infernal viruela en Allende, Aldama, Abasco y otros; y de estos se comunico la peste á una multitud de incautos é infelices.

* Dialogo Sexto.

Acer.—Vá bueno. Vas haciendo relacion de la enfermedad como Medico de Cabecera.

Fil.—Los primeros progresos del mal no pudieron atajarse: todos los sintomas parecian mortales, quando se aparecio en Vera Cruz un excelente Medico, destinado por la Providencia para nuestra salud. Su primer cuidado fue libertar la Cabeza del enfermo; y por fortuna era esta parte la mas robusta del Cuerpo, la mas sana y bien organizada: y fortalecida mas con el arte, dio desde luego al Medico las mas lisonjeras esperanzas de perfecta sanidad. Hizo el mal su tentativa de apoderarse de la Cabeza, pero los Practicantes que traia el Facultativo eran diestros, y con los *febrífugos* excelentes, que aqui habia, se impidio maravillosamente que la ocupasen las viruelas confluentes, y en poco tiempo fueron rechazadas acia partes menos nobles. En seguida se les ha ido atacando dó quiera que han aparecido, y desalojandolas de los lugares que habian ocupado con mas furor y tenacidad. Al fin el mal está solo en las piernas: la Cabeza siempre firme y despejada, el pecho libre, la respiracion natural, el estomago fuerte. ¿No es este hoy el estado de nuestro enfermo?

Acer.—Aunque alegórico, te has explicado con exâctitud y nadie puede dudar de la verdad de tu relacion.

Mor.—Yo soi un topo, y apuesto á que lo he comprendido todo. El Medico es el Señor Virey Venegas: la Cabeza del enfermo es la Capital México, exenta de viruelas de insurreccion gálica: los *Practicantes* son los peritos y esforzados Comandantes de esta curacion; y los *febrífugos* los valientes y leales soldados nuestros. ¿No es cierto?

Fil.—Asi es. Y el *pecho, estomago* y demás partes nobles podéis entender que son, ó los Pueblos y Ciudades infinitas y principales, á donde el contagio no ha llegado; ó tambien Toluca, Huichapa, Guanajuato, Valladolid y otros lugares antes enfermos y ya convalecidos.

Mor.—Y las *piernas* de este Cuerpo?

Acer.—Eso está claro. Guadalaxara y otras poblaciones lejanas, á donde se han retirado las viruelas.

Fil.—Pues ahora entra mi Pronostico, para

el año nuevo y sobre el mal y nuestros enfermos. Lo que mas aflige y confunde á un Médico y lo que mas impide la curacion de un enfermo es no conocer bien la enfermedad, ni la complexión y fuerzas del paciente. Por fortuna tenemos ya conocido que el mal de Hidalgo y Compañía es gálico-napoleónico. Ved aqui lo bastante para pronosticar que no cundirá en pechos Españoles ilustrados. Tenemos ademas conocida la complexión, vicios costumbres y fuerzas de esos enfermos. Y ya con una casi seguridad podemos anunciar que no resistieran á los *febrífugos*, que se les arrimen: y por consiguiente que en todo el año presente quedara el hermoso Cuerpo de la Nueva España libre, y limpio de toda lepra.

Mor.—Y las manchas y señales de las viruelas?

Fil.—En primer lugar: para esas manchas hay buenos jabones y elixíris en nuestra Botica. Hay jabon de arrepentimiento para unos, con que se borra la mancha. Para otros hay otro jabon mas fuerte que arrancando el pellejo infecto, cria despues allí mismo un cutis hermoso. Hay para costras y excrecencias feas otro jabon de piedra infernal. Y por último para llagas pútridas y tenaces hay hierro y fuego, con que se cauterizan lindamente y queda el cuerpo todo bellissimo. En segundo lugar: como esas manchas por fortuna: mejor diremos, por gracia de Dios, no han caido sobre la cabeza y rostro, no afean: y puede presentarse el Reyno con su cara descubierta delante de todo el mundo. Pues si fuésemos á registrar los lunares, manchas y defectos, que en partes menos principales y ocultas tienen las mas hermosas Damas, pocas ó ningunas hallaríamos sin tacha.

Acer.—Tambien eso está alegórico; acláralo.

Fil.—No hay inconveniente. La Nueva España ha sido hasta aqui entre las Provincias del Imperio Español una de las mas bellas, nobles y apuestas Damas por su virtud é hidalguia. México es su cabeza y rostro: los demás Pueblos sus miembros. Por un lado no mas de estos ha sido manchada; mas la mayor parte, en que se cuentan Poblaciones inmensas y principalisimas, y sobre todo la Capital, se ha mantenido siempre sana, brillante y hermosa por su acendrada fidelidad. Ved pues como continuará este Reyno

presentando su rostro inmaculado á los ojos de todas las Naciones del Universo.

Mor.—Sin embargo no sé yo como lavarán los Mexicanos esta mancha de la insurreccion, quiero decir: los Españoles de acá. Me parece que sufrirémos los mayores desaires del Gobierno Soberano: y que si hasta aqui nos habian tenido en la Peninsula alguna consideracion, en lo sucesivo nos trataran con desconfianza.

Fil.—Cerrad el labio, hombre blasfemo. ¿Como se conoce que no teneis un adarme de juicio quando concebis tales torpezas!

Mor.—Poco á poco. Yo no he inventado eso: lo he oido á varias Personas.

Fil.—Pues no teneis verguenza, ni sentimiento alguno de honor quando las escuchasteis serenamente á quien las produjo. Quien asi se ha ya explicado es, Morós, de vuestra parentela: ó emisario sin duda alguna de Napoleon.

Mor.—Yo bien conoci que no tenia razon el que lo dixo; pero no tanto como creerle emisario.

Fil.—Sois muy corto en vuestros alcances: no lo extraño. Pero sabed para vuestro gobierno que en Mexico, y por todo el Reyno hay muchos embiados de los Traidores de España para turbar nuestra tranquilidad, y conseguir con la desunion de afectos lo que ya habian comenzado á lograr con la revolucion de Hidalgo. No les ha salido cabal la quenta; y como tan astutos, tiran ahora por otro lado, y tocan esa tecla que habeis señalado.

Acer.—Y que idea pueden llevar en eso?

Fil.—Tambien tu eres candido. Yo te la explicaré.

Acer.—Te oigo con atencion é interés sumo.

Fil.—Que hay *Emisarios muchos y de diversas formas* ya nos lo anunció la Gazeta de la Regencia antes que aqui rebentase la mina: que esta debia rebentar en *toda el año proximo pasado*, lo publicaron los Cortesanos del Rey intruso en Madrid, desde el mes de Mayo: que habian de venir á *fomentar la rivalidad de unos y otros Españoles, Europeos Americanos*, tambien lo dicen las Gacetas de España. Estos anuncios

los hemos visto confirmados por una tristisima y desagradable experiencia. ¿Quanto tiempo ha que estamos oyendo chismes de unos contra otros, escudandose, mejor diré: profanando el augusto y sagrado nombre de FERNANDO VII? Han conseguido turbarnos á todos: en Tierradentro adelantaron lo que hemos visto: en México y Provincias Orientales de este Reyno no han hecho fruto sus intrigas. Alarmaron esos malvados en la Provincia de Michoacan á los naturales del Pais contra los Europeos. Pero la fidelidad americana ha sabido armarse contra sus paisanos revoltosos y sanguinarios y han defendido con su sangre las vidas, y haciendas de los mismos Europeos. Puede esto dudarse? Nuestras tropas ¿no son americanas? ¿No han hecho prodigios de valor y heroicidad? ¿No obedecen gustosas á sus Gefes, sean Europeos ó Americanos? El Regimiento de las tres Villas ¿no se batio en las Cruces á las órdenes del impavido Andaluz Trujillo? y no le idolatran los soldados americanos? La formidable Columna de Granaderos ¿no está tan alegre y contenta al mando del Europeo Jalon, como el Regimiento de la Corona al del Americano Iberri? En fin, por no cansaros, nuestros Exercitos ¿no estan gustosos bajo las ordenes de los Generales Calleja y Cruz Europeos? y estos contentisimos con nuestros Soldados y Oficiales americanos? Pues que restaba á la ira y colera de los ocultos emisarios de Napoleon, sino sembrar ahora otras especies para disgustar á todos?

Acer.—En reflexionando un poco, se ven las cosas claras.

Fil.—Desengañaos, Señor Morós, y desengañad al que os ha dicho esas boberias, que es el nombre mas dulce que puedo darles. Ha habido americanos malos, pero muy pocos. Hay americanos buenos, que son innumerables. Los malos pagaran; los buenos serán siempre y en todas partes dignos de honor y alabanza, de gracias y de premios. Y sirvanos de consuelo que ni el Gefe de este Reyno, ni el Consejo de Regencia, ni los respetables miembros de la augusta Asamblea de las Cortes, son de la familia de los *Moroses* ni estan aliados con la de los *Bonapartes*.